

Juan 3:4 – 21

Continuamos hoy estudiando el capítulo 3 del evangelio según San Juan. Y en nuestro programa anterior, comenzamos a considerar el diálogo de Jesús con Nicodemo. Ya hemos visto que este hombre Nicodemo es diferente de la multitud. Era un hombre genuino. Pero era un hombre que tenía tres máscaras - era fariseo, era principal entre los judíos, y era simplemente Niquito. Hizo un genuino cumplido a Jesús, y nuestro Señor nunca le acusó de ser hipócrita. Vino como fariseo, hablando acerca del reino de Dios. Y vimos que nuestro Señor Jesucristo le interrumpe repentinamente y le dice que “necesita nacer otra vez. Que no puede ver el reino de Dios, a menos que nazca de nuevo.” Ahora, si es que este hombre vino para hablar del reino y de su establecimiento, lo cual creemos que hizo, entonces es cierto que esta declaración de nuestro Señor, le desvió. Ahora, se quita la máscara de fariseo, aunque todavía es principal entre los judíos. Continuemos entonces leyendo el versículo 4, de este capítulo 3 de San Juan:

Juan 3:4 “. . . vientre de su madre, y nacer?”

Jesús le dijo a Nicodemo que le era “necesario nacer de nuevo.” Realmente la palabra que El usó significa también nacer “de lo alto.” Pero, parece que Nicodemo sólo pudo pensar en términos físicos, pues, quitándose su máscara condescendiente de fariseo, le pregunta a Jesús: Bueno, “Y cómo puede ser esto?” “. . . ¿Cómo puede uno que ya es adulto volver al vientre de su madre para entonces, nacer de nuevo?” Es que Jesucristo no estaba hablando en cuanto a un nacimiento físico, sino mas bien, de un nacimiento espiritual. El motivo de la confusión de Nicodemo era que aparentemente él no tenía ninguna capacidad espiritual para comprender lo que Jesús le estaba diciendo. Así es que Jesús trata de aclarar lo que decía. Leamos el versículo 5:

Juan 3:5 “. . . en el reino de Dios.”

Ahora, quizá usted se esté preguntando, y bueno, ¿qué significa eso de ser nacido de agua y del Espíritu? Por una parte hay quienes creen que el ser nacido de agua es una

referencia al bautismo, pero, permítanos decir amigo oyente, que esta sería una expresión muy extraña, si fuese una referencia a tal cosa. Por otra parte, tenemos el caso de muchos médicos que dicen que esta es una referencia al nacimiento físico, ya que es un nacimiento en agua, y el feto en el vientre está rodeado por agua. Sea lo que fuere, no creemos que “nacer de agua” signifique ninguna de estas dos cosas. Creemos que Jesús no estaba hablando aquí, de las diferencias entre el nacimiento natural y el nacimiento espiritual, sino que estaba explicando cómo un hombre puede ser nacido “de lo alto” o sea, “renacido.” Al hacerlo, dijo entonces que este nuevo nacimiento es producto del agua y del Espíritu.

Más adelante en este evangelio, allá en el capítulo 17, versículo 17, Jesús dice: “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (Juan 17:17). La Palabra es la que puede limpiar y santificar. En el capítulo 15 de este evangelio, versículo 3, Jesús dice: “*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.*” O sea que, en muchas maneras y en muchos pasajes de las Escrituras, la Palabra es comparada con el agua, es decir, la Palabra de Dios. Creemos entonces, que el nacer de agua en este pasaje, significa que una persona sólo puede nacer de nuevo mediante la acción de la Palabra, o sea las Sagradas Escrituras. El Espíritu Santo es quien toma las Escrituras y las usa. Creemos de todo corazón que nadie puede ser renacido sin la acción de la Palabra de Dios. Y creemos que es por esto que Jesús le da tanta importancia al ser nacido del agua y del Espíritu. Si estudiamos el libro de los Hechos de los apóstoles, encontraremos que hay tres relatos sobresalientes sobre tres personas que se convierten, es decir, que nacen de nuevo. Y creemos que estos relatos nos han sido dados como ilustraciones. Primero tenemos la conversión del eunuco etíope, luego la conversión de Cornelio, y entonces la conversión del apóstol Pablo.

Estas tres personas son representantes de las tres familias de Noé: uno es hijo de Sem, otro es hijo de Cam, y el tercero es hijo de Jafet. Y en la conversión de cada uno de estos tres, la Palabra de Dios fue utilizada por el Espíritu de Dios. El método de Dios parece ser este: La Palabra de Dios, usada por el Espíritu de Dios, dada mediante un hombre de Dios. Y estamos confiados de que nuestro Señor Jesucristo estaba diciendo, que es necesario nacer de agua y

del Espíritu, y que esto significa la acción del Espíritu de Dios, quien usa la Palabra de Dios. Sin este renacimiento no se puede entrar en el reino de Dios. Continuemos ahora con el versículo 6:

Juan 3:6 “. . . del Espíritu, espíritu es.”

La intención de Dios no es la de cambiar esta vieja naturaleza que Ud. y yo tenemos. El hecho es que no puede ser cambiada. Es imposible. La Palabra de Dios tiene mucho que decir en cuanto a esta vieja naturaleza que tenemos. El apóstol Pablo, escribiendo a los Romanos, en el capítulo 8 de su carta, versículos 7 y 8, dice: *“Por cuanto la mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7-8)* Dios no tiene un programa para esta vieja naturaleza que tenemos. No piensa recuperarla, ni mejorarla, ni desarrollarla, ni salvarla. Esa vieja naturaleza tiene que descender al sepulcro con nosotros. Y, si el Señor viene antes de que descendamos al sepulcro, entonces tendremos que ser transformados. Eso significa que El acabará con esa vieja naturaleza. Pues ésta, nunca, nunca jamás podrá ser obligada a ser obediente a Dios. El Señor Jesucristo dijo: *“Lo que es nacido de la carne, carne es.”* Este es un axioma y por esto Dios no intenta salvar la carne de ninguna manera. Esta vieja naturaleza será reemplazada por la nueva naturaleza. Amigo oyente, es por esto que el nacimiento espiritual es necesario, a fin de que podamos recibir una nueva naturaleza. La vieja naturaleza es categóricamente una naturaleza que no puede ser recuperada. En los versículos 7 y 8, el Señor continúa hablando a Nicodemo y dice:

Juan 3:7-8 “. . . es nacido del Espíritu.”

Nicodemo está ahora, perdiendo sus máscaras y Jesús le explica esto. No se puede decir de dónde viene el viento ni a dónde va. Las corrientes de aire y los vientos son cosas sobre las cuales hay mucho que los hombres todavía no saben. El viento sopla de donde quiere. No podemos hacer nada para desviarlo ni cambiarlo. Hoy en día, tratan de restarle fuerza a los huracanes allá en el golfo de México y en la región del Caribe, pero hasta el momento, no han

tenido mucho éxito que digamos. No nos es posible domar el viento. Ahora, aunque no podemos controlar el viento, sí podemos saber cuando sopla. Usted y yo podemos estar parados en la calle, y Ud. me dice a mí: “hace mucho viento.” Yo le respondo: ¿cómo sabes? Usted me contestaría: “pues, lo siento, y mira allí aquel árbol, ¿ve como sus hojas son llevadas por el viento? y fíjate en cómo se dobla el árbol.” Sí podemos saber cuándo sopla el viento.

Ahora, no sé cómo explicarle amigo oyente, el nacimiento espiritual. Yo sé que hay muchos libros que se han publicado hoy en día, que tratan de explicarlo, pero, la diferencia entre aquellos autores y yo, es que parece que los autores de esos libros, no saben que no lo saben explicar. Yo, por lo menos, estoy dispuesto a admitir que no lo sé. El Señor dijo: *“El viento sopla de donde quiere, . . . así es todo aquel que es nacido del Espíritu.”* No lo entiendo por completo. Así es con el que es nacido del Espíritu. No le puedo decir exactamente cómo opera el Espíritu de Dios, pero sí me es posible saber cuándo está obrando en las vidas y en los corazones de Su pueblo. Eso es exactamente lo que nuestro Señor Jesucristo está diciendo aquí.

Nuestro Señor le ha quitado dos máscaras a Nicodemo. El hombre que se para delante de Jesús, ya no es un hombre de los fariseos, ni tampoco es principal entre los judíos. ¿Quién es entonces? Vamos a ver lo que dice el versículo siguiente. Versículo 9:

Juan 3:9 “... puede hacerse esto?”

Ahora, se para allí, simplemente Niquito. Se pregunta en cuanto, a cómo estas cosas pueden ser, y veremos que nuestro Señor le habla muy claro. A propósito, a usted y a mí, nos es posible ponernos las máscaras cuando estamos los unos con los otros, y hoy en día, hay muchos que las llevan puestas. Cuando están con cierto grupo, se portan de cierta manera. La máscara, amigo oyente, esconde cómo somos en verdad. Pero, cuando venimos al Señor Jesús, tenemos que quitarnos todas nuestras máscaras. Jesús nos verá tal como somos en realidad, y tratará a cada uno de nosotros de conformidad. Así trató a Nicodemo. Ahora, el versículo 10:

Juan 3:10 "... y no sabes esto?"

Nuestro Señor aquí, hace uso de la sátira. Le está diciendo a Nicodemo que El creía que Nicodemo era principal entre los judíos, y sin embargo, ahora se estaba portando como si Jesús le estuviera diciendo algo que no podía ser verdad. Dice que si esto es verdad, Nicodemo debe de haberlo sabido. Y entonces, Jesús le pregunta: "¿No sabes esto Nicodemo?" Continuemos con los versículos 11 hasta el 13:

Juan 3:11-13 "... que está en el cielo."

Jesús le dice a Nicodemo que él no había recibido su testimonio, ni aun lo que le había estado hablando ahora. Y después de esto, vemos que hay un gran movimiento que se presenta aquí, en el evangelio según San Juan. Usted recordará que en la introducción a nuestro estudio de este evangelio, dirigimos nuestra atención a lo que Jesús dijo allá en el capítulo 16 de este evangelio de Juan, versículo 28, cuando dijo: "*Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre.*" Y ahora dice: "*Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo.*"

Esa es la respuesta para quienes hoy en día, creen que Elías y Enoc fueron al cielo cuando fueron traspuestos. No creemos que fueron al cielo, porque hasta aquí el Señor Jesús dice que: "*Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.*" En otras palabras, dice que Él es el Único que puede hablar en cuanto al cielo, porque Él es el Único que ha subido al cielo. Ahora, es verdad que hay muchos que han ido al cielo después de Cristo; pero, en el Antiguo Testamento cuando un santo moría, es decir, uno de los hijos de Dios moría, iba a un lugar que se llamaba el paraíso o el seno de Abraham. Nuestro Señor lo llamó así en Lucas capítulo 16, verso 22. No fue sino hasta después que Cristo murió y subió al cielo, y llevó cautiva la cautividad, cuando llevó a aquellos que estaban allí a la presencia de Dios. Desde entonces, para el hijo de Dios siempre ha sido verdad que "*estar ausentes del cuerpo, es estar presentes al Señor,*" como lo declara el apóstol Pablo, en su

segunda carta a los Corintios, capítulo 5, versículo 8. Qué cuadro tan glorioso tenemos aquí. Leamos ahora los versículos 14 y 15:

Juan 3:14-15 “... mas tenga vida eterna.”

Cuando Moisés puso aquella serpiente sobre el asta, debido al pecado del pueblo, todo lo que tenía que hacer uno que fuese mordido, era mirarla. Y como Moisés levantó la serpiente, así es necesario que Cristo sea levantado. Como usted ve, amigo oyente, esa serpiente representaba el pecado del pueblo. Y Cristo fue hecho pecado por nosotros en la cruz. Llevó allí nuestros pecados. *“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado.”* Nuestro Señor le dice ahora a Nicodemo, las palabras que probablemente son las más conocidas en toda la Biblia. Leamos el versículo 16, de este capítulo 3 del evangelio según San Juan:

Juan 3:16 “... mas tenga vida eterna.”

Hay dos cosas que necesitamos notar aquí. La primera es que nos dice que es necesario nacer de nuevo. Y la otra es, que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado. Estas dos cosas están relacionadas. Se necesita ambas cosas: la muerte y la resurrección de Cristo. Es necesario que Él sea levantado. Y siendo que Él ya ha sido levantado, y que ya ha llevado nuestro castigo; ahora, el Espíritu de Dios puede regenerarnos, puede hacernos nacer de nuevo. Pero, no nos olvidemos que es necesario, imprescindible, nacer de nuevo. Esa es la única manera por la cual Dios nos puede recibir.

Ahora, el motivo de todo esto es que, de tal manera amó Dios al mundo. ¡Dios nunca salvó al mundo por medio de Su amor! Esa es la gran equivocación del día. No dice aquí que el amor de Dios salvó al mundo, porque el amor de Dios de por sí, nunca podría salvar al pecador. Dios, amigo oyente, no salva por amor. ¡Dios salva por gracia! El apóstol Pablo escribiendo a los Efesios, dice con toda claridad en el capítulo 2 de esa carta, versículos 8 y 9: *“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).* Ahora, ¿cómo le salva Dios a usted?

Dios le salva a usted, amigo oyente, por Su gracia. *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel . . .”* Y aquí, usted amigo oyente, puede poner el nombre suyo y yo puedo poner el mío también. *“Para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”*

Ahora, fíjese usted, que junto con la palabra “cree,” está la pequeña preposición “en.” Significa creer en Cristo, es decir, confiar en El como el único que llevó la pena del pecado. Esto es lo personal. Cada uno de nosotros individualmente, necesita creer que El murió en el lugar nuestro. Amigo oyente, es necesario que crea que El murió por usted. Veamos ahora los versículos 17 y 18:

Juan 3:17-18 “... unigénito Hijo de Dios.”

Vemos aquí que cuando Jesús vino la primera vez, no vino como juez. Esto quedó bien aclarado en Su conversación con aquel hombre en Lucas capítulo 12, que quiso que el Señor juzgara entre él y su hermano. Él le dijo en el versículo 14: *“Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?”* Jesucristo no vino como Juez la primera vez. Vino como Salvador. Pero, la segunda vez, la próxima vez que venga, entonces sí vendrá como Juez. Ahora, dice que Dios no le envió al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. Y el que no cree, ya ha sido condenado. Amigo oyente, si usted no cree, ya es condenado. ¿Por qué? Porque “no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” Aquel maravilloso nombre es Jesús. Su nombre es Jesús porque Él es el Salvador del mundo. Cualquiera que cree en aquel nombre, ya no está bajo condenación, bajo pena de muerte eterna, sino que tiene vida eterna. Continuemos con los versículos 19 hasta el 21:

Juan 3:19-21 “... son hechas en Dios.”

¿No ve, amigo oyente, que este es el juicio del mundo? El día en que el mundo crucificó a Cristo, el mundo hizo una gran decisión. Ahora, debe ser juzgado por Dios, y de eso es de lo que se habla aquí. Recuerde que Jesús está hablando con Nicodemo aquí y que Nicodemo era fariseo. Los fariseos creían que cuando viniera el Mesías, vendría como Juez. El Antiguo

Testamento presenta dos aspectos de la venida del Mesías. Uno es Su venida como Salvador, llegando para morir, para pagar la pena. El otro aspecto es, Su venida como Juez, y la palabra aquí significa esto. Razonaban entonces los fariseos que el Mesías sería un Juez cuando viniera, porque dice en el Salmo capítulo 2, versículo 9, que: *“Los quebrantarás con vara de hierro.”* Daniel habla de El como Juez del mundo entero, en Daniel, capítulo 7, versículos 13 y 14. El Salmo 45 habla del reinado del Mesías sobre el mundo con justicia. Y en Isaías 11, versículos 3 al 5, se habla acerca de Sus juicios con justicia. Y también en el capítulo 42 de Isaías, versículos 1 al 7, se habla de Sus juicios con justicia.

Amigo oyente, el Señor Jesús le está diciendo a Nicodemo con suma claridad, que Dios no había enviado a Su Hijo esta primera vez, para juzgar al mundo, sino para que el mundo fuese salvo por El. La palabra que se traduce aquí por mundo, significa “cosmos”, y esto quiere decir, que el propósito redentor de Dios comprende al mundo entero. No vino para condenar ni para juzgar al mundo, sino para salvarlo. En Cristo, amigo oyente, no hay ninguna condenación. Pero, aquellos que no creen en Cristo, ya están condenados.

Es pues nuestra oración, amigo oyente, que allí donde usted se encuentra, en este mismo momento, abra las puertas de su corazón al Hijo de Dios, el Señor Jesucristo y le permita constituirse en su personal Salvador. Hágalo ahora mismo y sea salvo por toda la eternidad. Hasta pronto amigo oyente, y que Dios le bendiga ricamente.